

EL SEGUNDO CENTENARIO DE JOSE CELESTINO MUTIS

Con motivo de la sesión homenaje de 6 de abril en el Botánico de Madrid

El ABC de Madrid, en su número 9113, correspondiente al 7 de abril del presente año, trae la relación que se publica en seguida. Dice ella cuánto es el aprecio que hacen los españoles de su compatriota inmortal y de nuestro Colegial y Catedrático perpetuo don José Celestino Mutis. Pero quién sabe si este nombre venerando, a pesar de los esfuerzos meritísimos que allá y acá se han hecho para redimirlo del olvido y restituirle la integridad de la gloria que le corresponde, todavía está aguardando que se cumpla con él toda justicia! Porque es algo extraño que cuando se celebró en Madrid el tercer centenario del descubrimiento de la quina, prescindiera el Real Colegio de Farmacéuticos, a cuyo cargo estuvo la solemnidad el 16 de enero del año pasado, de mencionar a Mutis. Precisamente trataron entonces los oradores de demostrar que fueron españoles los que procuraron, propagaron y defendieron aquel célebre medicamento. Y parece que nadie se acordó de Mutis. Más aún: se dijo en aquella ocasión que «podían considerarse como primeros quinólogos el farmacéutico López Ruiz y el médico don José Pavón, y que el mismo López Ruiz fue el primero que propuso el cultivo de los árboles de quina». Cuando tales afirmaciones se hacían, llevaba varios años de publicada la gran biografía de Gredilla que pone en claro y de manera definitiva la primacía indiscutible que en este asunto corresponde a

Mutis, a quien explotó y traicionó vilmente el referido López Ruiz. «Charlatán aventurero» lo llamó el sabio Mutis, y Gredilla, con documentos en la mano, demostró que nuestro Colegial y Catedrático se había quedado corto en el apelativo.

A continuación del artículo del A B C de 1932 publicamos la crónica del Centenario de la quina en 1931, tomándola de la Revista madrileña «Investigación y Progreso» (marzo de 1931).

Valga esta rectificación para proseguir la tarea de reconocerle a don José Celestino Mutis los méritos que le corresponden. No logró él que se le hiciera justicia en vida, que a lo menos se le haga después de su muerte.

Releyendo el artículo del A B C notará cualquiera que es mucho lo que de Mutis se ignora en su propia patria. Es tanto, que de algún escritor de notable cultura pudo observar el señor Llorens que «en media docena escasa de líneas daba cuenta del centenario y recordaba a Mutis como autor de ‘aquellos dibujos para almohadones que nos enseñan en el Botánico’. Nada más». Y esto pasaba en abril de 1932.

EN EL BOTANICO DE MADRID

Un jardín madrileño de rectas avenidas. Sobre su puerta, en el frontispicio, una esculpida inscripción latina detiene al visitante. Leemos:

CAROLUS III—P. P. BOTANICES—INSTAURATOR CIVIUM
SALUTI—ET—OBLECTAMENTO—ANNO MDCCLXXXI

Sobre la arena de sus paseos el sol de abril empieza a tejer encajes con la sombra de la foliación nueva. Cartelas semejantes, sobre el arbolado, dan simetría a las más variadas y asimétricas especies arbóreas. En el

jardín—macizos recortados de boj—hay plazuelas y paseos enmarcados por plantas tropicales y exóticas. Las glicínias ciñen sus ramas tentaculares a la altiva y femenil gallardía de las palmeras. Verdes setos guardan estanques rectangulares de agua verdinegra, en la que triunfa el verde caliente de los nenúfares. Muy al fondo, a la izquierda, una glorieta romántica nos da su nombre de grata eufonía. Toponimia con regusto de tradición: «Plazuela del Plano de la Flor». En ella, en el centro, retuerce sus hierros de buena forja añeja una baranda de forma geométrica; recostados sobre sus dibujos, una pareja amorosa dice oraciones de amor a la primavera. A poca distancia, un pequeño de bucles de oro, pomas rosadas por mejillas, mira extasiado el raudo volar de dos mariposas. El jardín, en toda su extensión, tiene un fino aroma a tierra humedecida. Avanzamos por el paseo de Mutis. Gratos paseos solitarios, propicios a la meditación.

Aún resuenan en nuestros oídos las justas y certeras palabras que el maestro Ortega y Gasset pronunció en el paraninfo universitario con motivo del centenario de Goethe. Decía el gran filósofo, del poco interés y oportunidad que parecen tener los centenarios y conmemoraciones, y—ayer, miércoles, 6, a las cinco de la tarde—, en este Jardín Botánico, *un jardín silencioso y desierto, el más bello jardín de Madrid*—según sentida descripción de Azorín—, se reunieron precisamente un grupo de hombres sabios, espirituales falanges del Museo de Ciencias, de las aulas universitarias y de la Sociedad de Historia Natural para conmemorar el segundo centenario de Mutis, el gran español, que tanto laboró por el progreso de la ciencia.

Nunca España, cuna de conquistadores, alma mater de tierras y razas, dejó de ocuparse del estudio de los extensos territorios que sus hijos descubrieron allende los mares. En los lejanos tiempos de la conquista, estu-

diando los productos naturales como objetos curiosos dignos de anotación, mas siempre con tales detalles, con tan sagaces observaciones, que sus notas, ordenadas con moderno criterio, constituirían amplios tratados de ciencias naturales. Después, al correr del tiempo, a medida que los progresos y adelantos de las ciencias lo permitían, investigando con la mayor precisión científica. En este período, era de florecimiento, destacaron con luz propia sabios investigadores, que extendieron por el mundo el nombre de España, y entre todos brilló con luz propia el gran botánico cuyo segundo centenario se celebra.

En la reunión de ayer, presidida por las más altas autoridades del campo naturalista, y durante buen espacio de tiempo, se habló de Mutis, se comentaron los varios aspectos de su vida, tan varía y movida a través de sus largas expediciones americanas, y, finalmente, se expusieron ideas encaminadas a lograr la mayor difusión de sus notables obras científicas.

No se aludió, y ello fue la mejor respuesta, a una noticia que un escritor, obligado por su cultura a no proceder tan de ligero, publicó días atrás en una revista madrileña. En media docena escasa de líneas se daba cuenta del centenario y se recordaba a Mutis como autor de «aquellos dibujos para almohadones que nos enseñaban en el Botánico». Nada más.

Se olvidó el comentar del «*nomen immortale quod nulla actas nunquam delebit*», como de él dijo Linneo. Olvidó, sin duda por desconocerla, la opinión que un maestro tan autorizado cual el doctor García Varela escribió sobre Mutis y otros naturalistas patrios. No cita, acaso por no creerlo digno de loa, cómo Mutis fundó el primer observatorio astronómico americano; cómo, aparte de la gran labor iconográfica que suponen las 6,717 láminas de la flora de Nueva Granada, Mutis descubrió infinidad de plantas y sus interesantes aplica-

ciones, el té de Bogotá entre otras. Olvidó asimismo el ligero si que despectivo comentar el notable papel que los españoles desempeñaron en el descubrimiento y estudio de las quininas. Seguramente ha olvidado por sabido que este descubrimiento, que tanto había de revolucionar la farmacopea, se debe a nuestros hombres de ciencia—Mutis entre ellos, escribiendo el *Arcano de la quina*—, y cómo el nombre específico con el que Linneo designó al género alude a un personaje español.

Seguramente por creerlos de menor cuantía borra los trabajos que Mutis efectuó en Colombia en su calidad de médico del virrey de Nueva Granada, las explicaciones que durante largos años dio en sus cátedras de Física, Matemáticas y Ciencias Naturales, en las que logró discípulos tan aventajados cual Francisco José de Caldas, fray Diego García, Valenzuela y Fermín de Vargas.

El tiempo transcurrido escuchando las autorizadas palabras de doña Clara Bayo—fina y espiritual percepción—, del erudito padre Agustín J. Barreiro, del ilustre director del Jardín Botánico y del director del Museo de Ciencias Naturales fueron gratos momentos, en que, olvidando un poco el presente, enraizamos el espíritu en la tradición española. Un paseo por *nuestros* clásicos científicos siempre lleva a conclusiones alentadoras para el porvenir.

La raza que alumbró al mundo los nombres gloriosos de Azara, de Molina y de Hernando. La madre de naturalistas y expedicionarios cual Hipólito Ruiz y José Pavón; de cerebros tan despejados y polifacéticos como el de José Celestino Mutis. La nación que produce al presente hombres de ciencia de la talla de un Cajal o un Bolívar—serenidad, nieve en las altas cumbres—bien merece un crédito de confianza para el porvenir.

Si en todas las actividades patrias se cuenta—seguramente también ocurre así—con quienes al presente

sepan oír el pasado, como se oye en el campo de las ciencias naturales, el mañana guarda incontables sorpresas a España.

Señala el dicho popular cómo *quien tiene una moneda es quien la cambia*. Después de asistir a la sesión homenaje a Mutis creemos, dentro de nuestra modestia, que el español aún tiene muchas monedas que cambiar.

Una mención de agradecimiento a los ilustres diplomáticos americanos que en la tarde abrileña comulgaron con nosotros en el íntimo homenaje a un naturalista español.

MANUEL G.^a LLORENS

EL TERCER CENTENARIO

DEL DESCUBRIMIENTO DE LA QUINA

El día 16 de enero último el Real Colegio de Farmacéuticos de Madrid celebró con gran solemnidad el tercer centenario del descubrimiento de la quina.

El Presidente de la Corporación, doctor Zúñiga Cerrudo, leyó un breve discurso sobre la *Influencia que tuvo en la Farmacia el descubrimiento de la quina*, haciendo una somera explicación de las principales expediciones botánicas a las Indias, especialmente de la célebre de Ruiz y Pavón, en los años 1773 a 1788, y del modo como fue importada en España y en el resto de Europa la corteza de la quina. Aludió a las remesas que se recibieron en la Botica Real, en el siglo XVIII, directamente del Perú, de las que aún se conservan cantidades notables, y a la rapidísima difusión del nuevo remedio y su entronización en la Terapéutica y las Farmacopeas oficiales. Mencionó el estado de la Farmacia al conocerse la quina y los medicamentos febrífugos usados anteriormente a ella, y cómo fue progresando su estudio hasta el aislamiento de todos los alcaloides contenidos en la corteza y el conocimiento de sus aplicaciones terapéuticas, y modernamente a la reproducción sintética de esos

mismos alcaloides. Finalmente, recordó los farmacéuticos madrileños que contribuyeron al estudio de la quina y los trabajos que el antiguo Colegio de Boticarios hizo sobre ella.

A continuación habló don Rafael Folch, catedrático de la Facultad de Farmacia. Sus primeras palabras fueron para recordar que el descubrimiento de la quina tuvo origen netamente español. Españoles fueron los primeros europeos que tuvieron conocimiento de las virtudes terapéuticas del material que ya empleaban los indígenas del Perú para curar las fiebres. Importantísima fue la labor de la Condesa de Chinchón, esposa del Virrey del Perú, don Jerónimo Fernández de Cabrera, por cuyo motivo el gran Linneo creó el género *Cinchona*. Español fue, a su vez, el médico Juan de Vega, que la dio a conocer a sus colegas de España hacia 1640, difundiéndose después por toda Europa. También lo fue Pedro Barba, catedrático de Valladolid, el primero que escribió, en 1642, sobre tan importante droga, defendiendo su empleo y a los médicos españoles de las murmuraciones que contra ellos levantaban sus colegas extranjeros; y españoles fueron otros muchos del siglo XVII que, como Gaspar Bravo de Sobremonte, Pedro Miguel de Heredia, Salvador Flórez, Juan de Cabriada y Tomás Fernández, cooperaron al prestigio de la quina, en tanto que muy pocos—por no decir solamente José Colmenero, catedrático de Salamanca—eran contrarios al empleo de la corteza de Quarango. Y por más que los italianos contribuyeron eficazmente a que la admisión de la quina fuera un hecho, éstos tomaron las noticias primeras de los españoles, ya que hasta 1649 no enviaba Antonio Bolli al Cardenal Juan de Lugo el cofrecito en el que, entre varias drogas, se hallaba el palo de las calenturas.

Contrarios fueron los belgas, recordando los escritos que Jorge Chiflet y Fortunato Piemplo—éste con el seudónimo de Melippo Protimo—dieron en 1653 y 1656

respectivamente. La Medicina francesa con Gui Patin, opuso también tenaz resistencia a la admisión de la quina, y fue Roberto Talbot quien, elevándose de simple mancebo de Farmacia a médico de gran fama, obraba en París, después de haber curado en Inglaterra a Carlos II, el milagro de curar rápidamente las tercianas con un remedio secreto que no era más que un sencillo preparado de quina. Bien recibido por la corte de Luis XIV, cedió a este rey su secreto por una fuerte suma y ventajosas condiciones. Mme. de Sevigné sentía que hubiese fallecido Molière, para que pusiera en escena la cólera de los galenos parisenses a quienes tanto había criticado en sus obras el autor francés, y la duquesa de Buillon encomendaba una oda a Lafontaine, que resultaba ser un elogio de Talbot.

Español era Guillermo Oliver, que publicó las primeras vagas noticias sobre el árbol de la quina en las *Philosophical Transactions*, de Londres, como lo fueron también los que podemos considerar como primeros quinólogos, el farmacéutico don Hipólito López Ruiz y el médico don José Pavón. El mismo López Ruiz fue el primero que se propuso el cultivo de los árboles de la quina, que tantos beneficios han reportado a los extranjeros.

Terminó el conferenciante, después de unos antecedentes históricos, exponiendo el descubrimiento de la quinina verificado por los farmacéuticos franceses Pelletier y Caventou, precedido de otro descubrimiento, de gran importancia, realizado por el farmacéutico Serturmer, cual es el de que en los vegetales se forman productos de carácter básico, hecho hasta entonces no admitido.

Don Obdulio Fernández, decano de la Facultad, desarrolló luego el tema *Orientaciones actuales en la síntesis de la quinina y sus derivados*.